

# La filosofía de Joaquín V. González

Madrid, febrero de 1924.

## El atardecer sereno

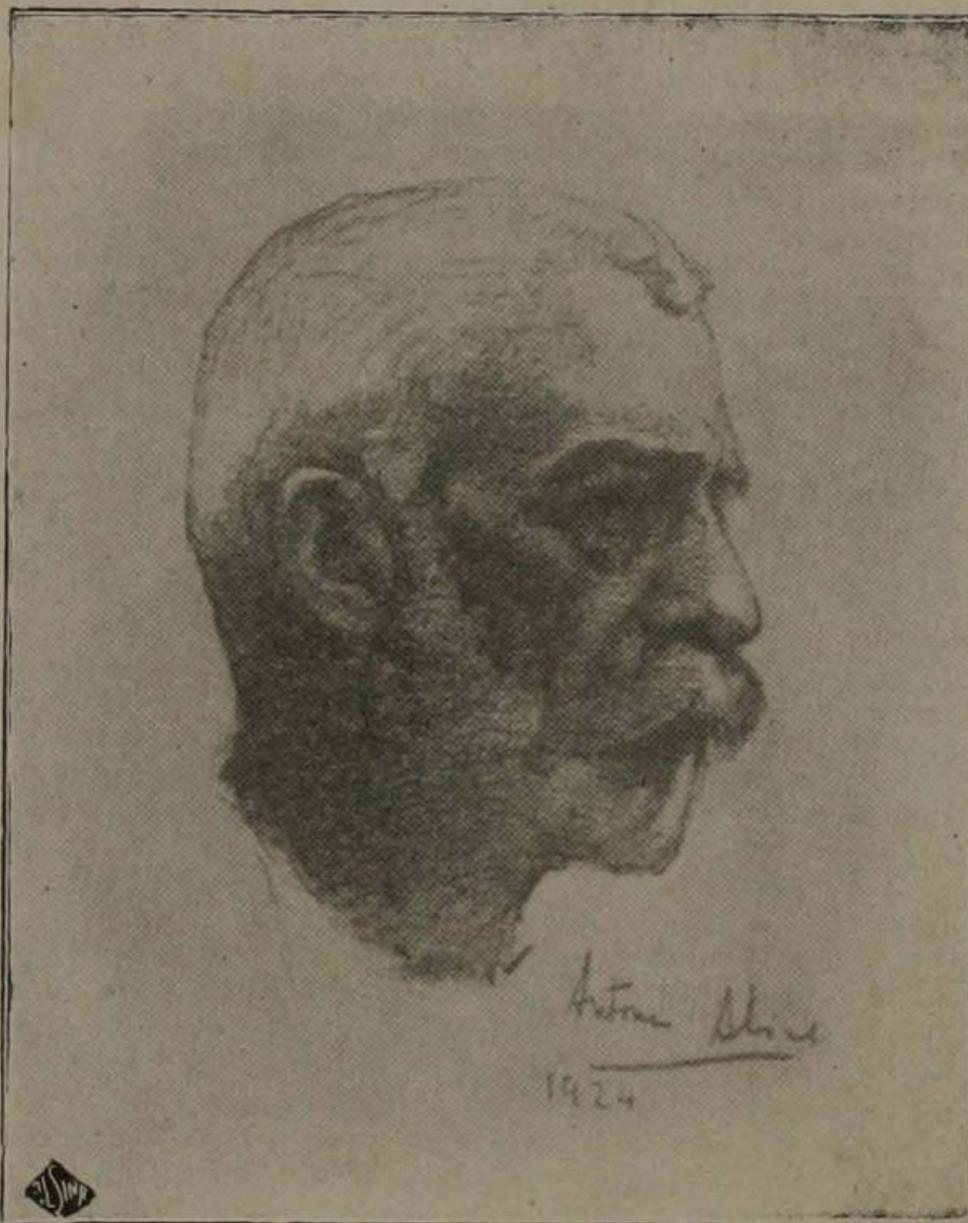
CERTOS hombres—de espíritu superior, de fina contextura íntima,—después de darse, sin reservas, con derroche, a la vida pública y social—¡a todos!, doloridos, a veces, marchitas, quizá, no pocas de sus más caras ilusiones—vuelcan el cáliz de su alma hacia «adentro», y dedican las energías, no consumidas en las luchas, a la elevación interior y a la liberación absoluta de la conciencia y del ser moral.

Aproximándose al fin misterioso de la existencia terrena, esos hombres adelantan la visión de la eternidad, piensan y discurren como si en la eternidad vieran, y prepáranse, en el recogimiento místico, a bien morir, dispuestos a aceptar serena y dignamente la última irremediable decisión del destino. Y, entonces, en el diálogo consigo mismos, en el inevitable análisis, melancólico siempre, de las profundidades del propio ser, es cuando esos hombres se acaban de conocer, o se conocen, por fin de veras, y dan o pueden dar, en espléndido ocaso, su nota personal definitiva, síntesis depurada de una vida, y cuando su pensamiento, libre quizá como nunca, puede alcanzar el máximo de fuerza, el máximo calor y la máxima luminosidad.

Y he ahí, a su modo, el caso-ejemplo de Joaquín González. El, al aproximarse al umbral de la vejez—otoño aun—realizó con supremo esfuerzo la tarea de la edificación interior, del examen de conciencia cara a la eternidad insondable.

Yo le ví—declaro que intensamente impresionado, y recogiendo saludable enseñanza—en esa última etapa de su vivir fecundo.

Recogido y abrazado como nunca a sus libros, dominado por las más altas preocupaciones, con el anhelo de una vida de retiro campesino dedicada al trabajo sin fiebre ni ambición, soñando con el respiro de un viaje a España—obsesión constante del egregio argentino—el Dr. González, de los días de 1921, era para mí como valor



Don JOAQUIN V. GONZALEZ

Fundador de la Universidad Nacional de La Plata, República Argentina

estético moral, y como ejemplo, superior al político ardoroso y luchador de 1910, con ser entonces el insigne escritor una de las figuras de más fuerte relieve en la intelectualidad argentina más escogida.

Camino González del retiro y del reposo—reposo del peregrino, que seguirá su ruta hacia lo absoluto, que es como yo lo sorprendía en nuestras conversaciones íntimas, y dominado por el ansia de un solaz místico—el maestro alcanzaba a mis ojos, una alta significación. Era aquél el que se nos revelara en la hermosa traducción de *Cien poemas de Kabir*, labor realizada como «un solaz, nos dice, y un reposo mental, tomado al pie de un cerrito casero, a la sombra de grandes piedras o de parras tupidas...» en la residencia «llamada Samay Huasi, que en idioma de los incas del antiguo Perú tanto quien decir como casa del reposo—en la villa argentina del Famatina...—en La Rioja».

Manifestóse ese estado de alma del viejo luchador, sobre todo, en el so-

berbio prólogo que acompaña a la traducción de Kabir. Y es que en este prólogo—un hermoso *ensayo*—es quizá donde el hombre a solas consigo mismo volcó con más cariño y generosidad las esencias más finas y más recónditas de su alma, las más calladas y latentes, pero acaso contenidas por las responsabilidades de una vida llena de intervenciones públicas, que imponen, cuando menos, recato a la sinceridad, a la vez que distraen el ánimo de su cauce...

El alma, fatigada de lo exterior, se repliega y se encuentra al fin, y dueña de sí, en la soledad, se entrega a sus confidencias, y se encuentra frente a frente con su ser ultraíntimo, el que llevara dentro como encogido; y al choque del diálogo brilla la luz, hasta entonces opaca, bajo los miles velos de las diarias preocupaciones. «¿Quién soy yo—se pregunta—para llamar a los oídos de nadie? Pero un día la montaña nativa habló por mí: yo trasmití el mensaje del alma difusa de los seres muertos y vivos que en ella tienen nidos y sepulcros, y entonces vi, conocí, sentí que era místico.

Alguien me llamó panteísta, y yo le encontré razón...»

Místico ¡exacto! Panteísta ¡exacto! y por ello de envidia religiosa; y todo asentado sobre un temperamento emocional, que llega a las cosas y las hace suyas, si producen en el alma un movimiento de emoción estética...

«Si por alguna razón (escribe siempre en el prólogo que hoy tiene algo de testamento) me creo identificado con la ciencia de la jurisprudencia, es por haber llegado a ella por la senda de la emoción, ante la contemplación de la belleza inmanente en todo concepto de justicia. En las definiciones clásicas, y modernas, de esta eterna palabra, se presiente como un vago perfume de belleza al reconocer que un átomo de esa substancia, ya denominada *elo*, unidad orgánica espiritual de ética y estética, entra en la composición del concepto de *Justicia*...